

FEMID – Experiencias en la gestión local de riesgo en Centroamérica: Instrumentos para una implementación práctica

STIEBENS, W.
wstiebens@gold.guate.net



Comité local evaluando el nivel de lluvia por pluviómetro

Centroamérica se ve reiteradamente afectada por desastres naturales de diferentes dimensiones. El huracán

1. Situación inicial y condiciones generales

La cooperación regional en Centroamérica se tornó importante a raíz de las experiencias obtenidas con el huracán Mitch en 1998. La labor preventiva a nivel local se convirtió además en un factor sustancial debido a que las instituciones nacionales se encuentran organizadas de forma centralizada y reactiva y solamente pueden brindarle a las comunidades afectadas una ayuda insuficiente y frecuentemente tardía. Durante las

Mitch (octubre/noviembre de 1998) fue tan sólo uno de estos desastres que demostró que éste es un problema regional que requiere de la cooperación internacional. El Centro de Coordinación para la Prevención de los Desastres Naturales en América Central (CEPRENAC), fundado hace diez años, realiza tales actividades de cooperación. Desde 1997 ha recibido apoyo del Ministerio Federal de Cooperación Económica y Desarrollo de Alemania (BMZ) por medio de Deutsche Gesellschaft für Technische Zusammenarbeit (GTZ) GmbH (Cooperación Técnica Alemana) en el marco de un proyecto para fortalecer las estructuras locales en la mitigación de desastres (FEMID).

fases decisivas de prevención y reacción inmediata en las áreas rurales en particular, la población tiene que depender de sus propios esfuerzos.



Determinados factores son particularmente significativos:

Las catástrofes recurrentes en Centroamérica (huracanes, inundaciones, deslizamiento de tierra, terremotos) constituyen una de las mayores amenazas de desastres a nivel mundial.

Por su geología y geografía, la región centroamericana se enfrenta a una amplia variedad de riesgos naturales. Localizada en el denominado Cinturón de Fuego del Circunpacifico, reposa sobre cinco inmensas placas tectónicas (Cocos, del Caribe, Norteamérica, Nazca y Sudamérica) y la atraviesan numerosas fallas activas locales y regionales. La región está ubicada entre el Océano Pacífico y Atlántico, la afecta la aparición o el avance periódico de El Niño y la zona intertropical de convergencia y se localiza en el extremo oriental del cinturón de huracanes del Caribe. Se caracteriza por una morfología que consiste de altas montañas, veintisiete conos volcánicos activos, valles entre montañas, vertientes pronunciadas, planicies aluviales y costeras, numerosas cuencas de ríos y una densa red fluvial. La región se encuentra en constante riesgo por la actividad sísmica y volcánica, intensas precipitaciones e inundaciones, vendavales, deslizamiento de tierra y avalanchas, erosión costera y sequía. Pocas regiones o zonas en el área se libran del riesgo de uno o varios peligros naturales.

Los peligros naturales representan, sin embargo, sólo parte del problema. La intervención del ser humano y la modificación del entorno natural, en conjunción con los incontrolados procesos tecnológicos y productivos, han conllevado de manera creciente a una serie de riesgos de origen social o antropogénico. Estos son producto de muchos de los procesos dinámicos resultantes de los modelos de desarrollo que, en particular durante los últimos cuarenta años, han predominado en la región. La deforestación comercial o necesaria para la subsistencia y su efecto sobre los procesos erosivos, el ciclo del agua, la pérdida de nutrientes del suelo, la evapotranspiración y la sedimentación de los ríos han tenido graves consecuencias, como lo son inundaciones, sequías, deslaves y erosión costera. Además, el rápido proceso de urbanización en la región, aunado a los considerables cambios en los procesos ecológicos e hidrológicos y los sistemas inadecuados de canalización del agua de lluvia, han provocado un continuo incremento de inundaciones urbanas y deslaves. La reducción y contaminación de los acuíferos, acompañada de sistemas inadecuados de distribución del agua potable, aumentan el riesgo de las “sequías urbanas”.

Los riesgos “socio-naturales” arriba mencionados vienen cada vez más acompañados de la contaminación del aire, suelo y agua, “accidentes” tecnológicos e incendios urbanos y rurales.



Fuente: CEPAL, a partir de los catálogos elaborados entre 1973 y 2000.
CEPAL/BID: Un tema de desarrollo: la reducción de la vulnerabilidad afrente a los desastres 03/2000

Los efectos económicos ocasionados por los fenómenos naturales en América Latina, particularmente en Centroamérica, son enormes. Las investigaciones iniciales realizadas por CEPAL para los años 1972-1999 muestran que se produjeron 108.000 muertes y pérdidas que superaban los US \$ 50 billones de costos directos e indirectos. En septiembre

del 2000 la compañía reaseguradora Münchner Re estimó que de 1990 a 1999 las conomías nacionales de

Centroamérica sufrieron pérdidas de US \$ 256.5 millones.

Los efectos que los fenómenos naturales tienen sobre cada país o región deben considerarse de forma separada. El mayor daño registrado hasta el momento ocasionado por el huracán Andrew en 1993 supuso solamente el 0.4% del producto interno bruto de los Estados Unidos. En contraposición, el daño causado por el huracán Mitch en 1998 representó el 13.2% del producto interno bruto de los países centroamericanos.

Además del número creciente y de la complejidad de los riesgos que afronta Centroamérica, muchos de los cuales se derivan de prácticas humanas inadecuadas, también existen altos niveles y diversas manifestaciones de vulnerabilidad humana que generan condiciones favorables para provocar desastres.



Condiciones de vulnerabilidad en Centroamérica

Los altos índices de pobreza en la región siguen creciendo y están asociados a variados tipos de vulnerabilidad a los desastres. Por las estructuras y los materiales inadecuados de construcción y porque muchas comunidades están ubicadas en áreas de riesgo a falta de acceso a sitios seguros, la ubicación y estructura constituyen aspectos de alta vulnerabilidad. Los bajos ingresos, el alto desempleo y graves problemas de salud, aunados a la necesidad de dedicarle tiempo y energía a solucionar los problemas diarios de subsistencia, crean una situación de severa vulnerabilidad económica y social. Las poblaciones

más pobres no disponen del tiempo, de la disposición y de los recursos para dedicarse a reducir las condiciones de riesgo latente que en cuestión de tiempo desembocan en desastre. El fatalismo se ha apoderado de muchos grupos de la población. En muchas áreas la restricción de la autonomía local y el reducido grado de organización social – como resultado de décadas de conflicto interno y formas no democráticas de gobierno – representan además un serio problema, por cuanto demuestran la vulnerabilidad organizacional e institucional.